

PERSIO, *Sátiras*, Introducción, edición y traducción de Bartolomé Segura Ramos, Madrid, Alma Mater, 2006, pp. XCV + 45.

La Introducción de las *Sátiras* de Persio, que el profesor Segura ha editado y traducido para la Colección Alma Mater, abarca más páginas que la obra en la que nos introduce, texto, traducción, notas e índices incluidos. De este modo nos encontramos con la paradoja de que una obra corta, como es la del poeta de Volterra, precisa de una larga introducción, lo que debe ser indicio, si no del interés de la obra, sí, al menos, de la dificultad de la misma.

Conforme a las normas de la Colección, el autor comienza con la biografía del poeta, para la cual contamos con la *Vita* de Probo [o Suetonio, según otros], en la que hallamos pormenores más o menos claros de aquella biografía, referentes a su familia, sus estudios, sus amistades, sus maestros de filosofía, su enfermedad y su (temprana) muerte. Por lo que hace a la actitud de los modernos ante semejante biografía, véase lo que el autor recoge, por ejemplo, del portugués Medeiros (p. XII): «La relación de Medeiros (...) alcanza niveles líricos conmovedores: algo que en vano buscarías en la obra del propio poeta. ¿Friedad artística o de carácter? Si el propio Persio declara (I 90-91) que para conmoverlo es necesario decir cosas que se sienten de verdad, ¿cómo es que jamás transmite emoción alguna? ¿Pudor? ¿Indignación? Así que con razón podemos decir que lo que dicen de él algunos lectores modernos suena más sentimental y poético que lo que él mismo dice». De este modo, en la pág. 95 de su trabajo afirma Medeiros: «El poeta tuvo herederos. Y para él, para el poeta, ¿qué quedaba? La piedra de un túmulo, en el octavo miliario de la Vía Apia, muy lejos de su playa, de su mar, y de su abrupta tierra. Con la *saudade* aliviada de los veinte y ocho años que iba a cumplir».

En segundo lugar, trata nuestro autor de la obra del satírico, a saber, Coliambos (14 versos) y sátiras, en número de seis (= 650 hexámetros). Antes que nada, trata el problema de los coliambos, esos yambos cojos que en un principio la Filología no sabía si eran un poema o dos; o el inicio de un poema más largo, que había quedado incompleto; o si formaba parte de la primera sátira; o si servían de prólogo o de epílogo al conjunto. Pero los Coliambos son el prólogo de la obra (entre otras muchas razones, también porque la primera composición de una antología, pongamos por caso, se podía escribir en la parte exterior del rollo, de modo que pareciera-

ra que no formaba parte de la colección; obsérvese también cómo en el verso 7 de los Coliambos Persio escribe el presente *adfero*, mientras que los epílogos de Horacio (*Odas* III 1) y de Virgilio (*Geórgicas* IV 599-566) muestran formas de pasado: *exegi* (Horacio), *canebam*, *alebat*, *lusi*, *cecini*: Virgilio), y en esos coliambos se lee el término *semipaganus* aplicado por el poeta a sí mismo, palabra en la que los exegetas han creído detectar un «mensaje», que sería el siguiente: a) que su estilo es híbrido (entre literario y coloquial); b) que el poeta desprecia a quienes se inspiran en Hipocrene o el Parnaso; c) que asimismo manifiesta el carácter intransigente de su sátira. En esa misma línea, nuestro satírico dirigirá sus ataques a poetas como Ennio, Propertio y a los poetastros de su propia época.

Tras resumir brevemente el origen del término sátira y remontarse a la *satura* enniana, el editor pasa revista a las seis sátiras de Persio, haciendo hincapié, dentro de la primera, en el primer verso: *o curas hominum, o quantum est in rebus inane*, sobre cuyo origen y alcance han corrido ríos de tinta. Por lo demás, Persio defiende en los primeros versos de esta sátira la autarquía del individuo; según el editor, para Persio, «es más fácil escribir tragedia, épica y elegía que sátira» (p. XXVI). Y cita a Wehrle: «La poesía de Persio es paradójica, experimental, original...». La sátira II se aplica a las plegarias a los dioses, define el Bien y el Mal, y defiende la verdad (*uerum*); la III trata la sabiduría en general; desarrolla lo que podríamos denominar una «pedagogía de la virtud», y evoca los novillos de Fálaris y la espada de Damocles como amenazas para quienes no tienen la conciencia tranquila. Al final de la pieza aborda la relación cuerpo-alma; en la IV, más breve que las anteriores, trata del conocido eslogan pítico-socrático del *nosce te ipsum*; la V sátira es la más larga, y está dedicada fundamentalmente a Cornuto, el maestro de filosofía del poeta, al que legó al morir su rica biblioteca. El tema central es la «libertad», libertad no política, sino interior, según el conocido precepto estoico de que «sólo el sabio es libre». Persio pone varios ejemplos de esclavitud para ilustrar lo que quiere decir con eso de «libertad interior»: a) avaricia y pereza; b) pasión amorosa; c) política; d) religión; e) otras supersticiones; por último, la sátira VI trata del dinero, la herencia y la conciencia de los hombres.

El traductor aborda una serie de particularidades de nuestro satírico: el sexo (no existe ni por asomos ese pansexualismo que al-

gunos son tan proclives a ver en nuestro autor); el problema de los personajes y la distribución de los mismos (que queda bien ilustrada con los primeros doce versos de la sátira I, cuyos personajes admiten hasta ¡diecisiete distribuciones diferentes!, cuya solución, a juicio del traductor, sería simplemente el «diálogo interior» o «corriente interior joyceana»); la tan cacareada oscuridad (de la que se da una tanda de opiniones, criticándose las razones aducidas por ser las mismas de otros autores a los que no se tiene por oscuros: la razón verdadera es la yuxtaposición o parataxis de fragmentos de sentido cabal en cada uno, pero aparentemente inconnexos entre sí —p. LXXIII—); el estoicismo (que algunos realzan y otros rebajan casi al extremo de eliminarlo de las sátiras: absurdamente, porque todo Persio rezuma estoicismo).

A continuación, el traductor aborda la que tal vez sea la parte más original de la Introducción, a saber, el de la vieja cuestión de la mimesis o *imitatio*, considerada también desde el punto moderno de la *intertextualidad* (pp. XLIX-LXII). Y no sólo original, sino que también el autor se muestra, a nuestro juicio, acertado y penetrante, aportando gran cantidad de ideas tendientes a la elucidación de un hecho verdaderamente primordial y que se halla en la base de la creación del habla y de la poesía (oral o escrita). El apartado de la intertextualidad constituye una pequeña monografía, básica para el tratamiento del asunto en cuestión.

Luego, viene la valoración del poeta, que el editor presenta primero como sincrónica, y a continuación diacrónicamente (la mayoría de los grandes filólogos se muestra enemiga de la poesía de Persio, desde Escalígero —tanto Julio César como José Justo— a Ronconi, pasando por la grave afirmación de Wilamowitz (quien mete en el mismo saco, inconcebiblemente, a Juvenal también), al afirmar: *poetas ipsos minime diligo*). Nuestro editor dirá, por su parte (p. LXXIII): «Se diría que lo que echa para atrás de Persio no es tanto su *obscuritas* como «el aire general de su estilo» y «la manera de decir las cosas» (que son además bien sabidas) (...) En su afán infantil de imitar a los grandes poetas de la época clásica, Persio rebaja a un nivel prosaico y chato las ideas y expresiones de Lucrecio (éste y los epicúreos en general decían prácticamente lo mismo que los estoicos —y los satíricos—, pero lo decían de otra manera), Virgilio y Horacio, razón por la cual es muy inferior a ellos».

Como cumple a la editorial Alma Mater, el traductor repasa la suerte de nuestro satírico en el período humanista y posteriormente; expone la cuestión de la transmisión textual, y remata la Introducción con la correspondiente Bibliografía, muy bien estructurada en este caso (pp. LXXIX-LXXXV).

Aparte de las sinopsis de la obra de Persio (*Coliambos* y *Sátiras*), sinopsis esclarecedoras que ayudan a la lectura y comprensión de tal obra, nos queda finalmente considerar siquiera de manera sucinta la traducción (pues que no sólo es nuestro autor editor y estudioso del pensamiento y estilo del poeta, sino también traductor, afortunado, por cierto, y moderno, de su compleja poesía). Y tal vez, la mejor manera de describir y ponderar dicha traducción (puesto que no podemos ofrecerla en esta reseña al lector curioso, quien deberá, naturalmente, leerla con el ejemplar correspondiente entre sus manos) será traer aquí, por el momento, algunos versos del texto original así como de su traducción. Como, por ejemplo, I 45-6 [*non ego cum scribo, si forte quid aptius exit/ (quando haec rara avis est)*] = «Yo, cuando escribo, si acaso me sale algo medio potable/ (cosa que a la verdad es una *rara avis*». (Obsérvese que el traductor no rehúsa (jirónicamente?) trasladar al español el latín mediante *latinajos* populares, cuando lo considera oportuno). I 99 [*Torua Mimalloneis implerunt cornua bombis*] = «Llenaron los cuernos estridentes con el pum-catapum mimaloneo». III 45-6 [*grandia si nollem morituri uerba Catonis/ dicere*] = «Cuando no quería recitar las grandilocuentes palabras de Catón/ *in articulo mortis*». V 189-91 [*dixeris haec inter uaricosos centuriones,/ continuo crassum ridet Pulfenius ingens/ et centum Graecos curto centusse licetur*] = «Como digas estas cosas en medio de centuriones varicosos,/ al momento el corpulento Pulfenio se ríe a lo bestia/ y ofrece por cien griegos un centenar de ases cortito».

De modo que, a nuestro entender, en la línea de la excelente traducción que el mismo autor nos brindó, ya hace algunos años, de Juvenal en esta colección de Alma Mater, de la misma manera ahora también consigue salir bien librado en la traducción del poeta probablemente más complejo de traducir del que tengamos noticia y conocimiento en lengua latina. Enhorabuena.— JOAQUÍN BELTRÁN SERRA. *Universitat de València*.